

C u a d e r n i l l o  
d e P o e s í a  
C o l o m b i a n a

No. 61

**JORGE ISAACS**

Ediciones de  
Universidad Pontificia Bolivariana

## JORGE ISAACS

Por Rafael Maya

Jorge Isaacs fue natural de una de las regiones más hermosas del territorio nacional. Me refiero al Valle del Cauca. Esta circunstancia fue decisiva en la formación de su talento literario. Si hubiese nacido en otra comarca, posiblemente su obra habría sido diferente, o no existiría. En cambio, su comarca natal lo marcó con sello indeleble. Pertenece a ella como esos gigantes mitológicos que antes de su metamorfosis humana habían sido piedras o peñascos. Su obra no es más que la historia de sus relaciones sentimentales con la naturaleza que le rodeaba. Vivió en perpetua comunión con los seres de su idílico Valle, desde la azucena del monte hasta los árboles gigantescos que anticipan la noche. Para su obra, no tuvo otra materia que la que le suministraba el paisaje, pues los mismos seres humanos que por ella discurren parecen fragmentos de ese paisaje, vivificados por el espíritu. "María", por ejemplo, parece identificarse con las flores y con las palomas. Por el contrario, bajo la acción de su espíritu, las hierbas mismas parecen temblar sensitivamente, como fibras vitales. En Isaacs, la obra de arte no resultaba del hombre que se añade a la naturaleza, como quería Lord Bacon, sino del hombre que se confunde e identifica con ella.

La novela de Isaacs es una de esas obras perdurables que, no obstante representar el espíritu de una época y las condiciones de determinada escuela literaria, ha logrado salvar semejantes limitaciones para extender su influencia y su prestigio a todas las épocas. No es de ayer ni de hoy, sino de siempre. Posiblemente no sean las condiciones de su estilo ni su técnica como novela, el secreto de esta universal aceptación. Hay algo fuera de estas circunstancias exteriores que explica el fenómeno. Es la sinceridad profundamente humana con que todo está visto y sentido, y la desconcertante sencillez con que se mueven todos los resortes de la novela. Allí no hay artificio ni propósito deliberado de causar efectos artísticos o choques dramáticos, sino el fluir mismo de la vida, que va empujando los sucesos con tranquila naturalidad y sin impedir que el idilio y la tragedia, como hilanderas que cumplen su oficio, labren la tela de la novela, mezclando hilos negros con hilos luminosos. Pero acaso el verdadero protagonista de ese relato sea la naturaleza misma, cuya presencia se hace sentir en cada página, no como fenómeno mera-

mente físico, sino como emanación misteriosa del propio espíritu del poeta, compenetrado íntimamente con las cosas del mundo exterior.

Como poeta, y nada más que como poeta, Isaacs no habría logrado la fama universal de que actualmente disfruta. Sus versos, al lado de su novela, aparecen como obra de calidad inferior; pero esto es apenas un efecto del contraste. Isaacs fue un magnífico poeta. Sólo que el verso, como ha ocurrido frecuentemente en la historia de la Literatura, parecía limitar demasiado las fuerzas de su numen. Los versos de Chateaubriand fueron mediocres al lado de esa torrencial inspiración que desborda de sus páginas en prosa. Si Pascal hubiese cultivado la rima de seguro no habría logrado darnos la tenebrosa impresión de noche con relámpagos que producen algunos de sus pensamientos. En Hispanoamérica, Rodó hizo algunos sonetos fríos, en nada comparables con el ambiente poemático de sus inimitables parábolas. Isaacs no ofrece tan radicales contrastes entre su producción en verso y su novela. Pero en esta obra encuentra algo así como un telón de mayores proporciones para ejercitar su pincel. En los versos traza apenas esbozos y apuntes. Pero en estas "manchas", si así podemos llamar sus poemas, en relación con el cuadro definitivo de la novela, hay toques de exquisita sensibilidad y versos descriptivos de penetrante melancolía, como los titulados "Río Moro", o aquellos otros, tan desolados, que escribió en la muerte de uno de sus compañeros de excursión por tierras de la Goajira. Este poema (En la tumba de Belisario) es una de las más intensas elegías que posee la literatura colombiana. Hay allí el eco de las lamentaciones hebreas a la orilla de los torrentes secos. Isaacs, como es de todos sabido, tenía sangre judía, y acaso esta ascendencia comunicó a su novela y a sus versos un eco añorante que es fácilmente perceptible. Isaacs es el poeta de lo irrevocablemente perdido. Llora siempre por una patria remota, pero sin perder nunca su acento colombiano. En algunos de sus romances traza cuadros muy nuestros, relacionados con nuestras guerras civiles y con las costumbres del campo. Es popular, casi folklórico. Al cantar a la tierra de Córdoba tiene acentos de subida entonación. En fin, el nombre de Isaacs dilata la fama de Colombia más allá de las fronteras nacionales. Atala le tiende la mano a María y el errabundo y triste Vizconde saluda a su rival en el amor de las selvas y de los ríos.

---

## RIO MORO

Tu incesante rumor vine escuchando  
desde la cumbre de lejana sierra;  
los ecos de los montes repetían  
tu trueno en sus recónditas cavernas;  
juzgué por ellos tu raudal, fingíme  
tras vaporoso velo tu belleza,  
y ya sobre tu espuma suspendido,  
gozo en ahogar mi voz en tu bramido.

¡Qué mísera ficción! Quizá en mis sueños  
he recorrido tus hermosas playas,  
en esas horas en que el cuerpo muere  
y adora a Dios en su creación el alma:  
que sólo dejan en la mente débil  
pálidas tintas y memorias vagas;  
pero te encuentro grande y majestuoso  
rey ponderado del desierto hermoso.

Bajo el techo de musgos y de *pancas*,  
abrigo del viajero solitario,  
el rudo y fatigoso movimiento  
de tus ondas veloces contemplando,  
del fondo de las selvas me traían  
las auras tus perfumes ignorados,  
mezcla del azahar y del canelo,  
gratos aromas de mi patrio suelo.

Entonces una lágrima rebelde  
humedeció mi pálida mejilla,  
dulce como esas que a los ojos piden  
caros recuerdos de felices días;  
elocuente, si hay lágrimas que encierren  
la historia dolorosa de una vida;  
aquí llevóla indiferente el río,  
murió como las gotas de rocío.

Eres hermoso en tu furor: del monte  
lanzando en tu carrera tortuosa,  
vas sacudiendo la melena cana  
que los peñascos de granito azota;  
y detenido, de coraje tiemblos,  
cumpliendo al pasar la selva añosa;  
las nieblas del abismo son tu aliento  
que en leves copos despedaza el viento.

¿De dó vienes así desconocido  
con tu lujo y misterios? ¿Gente indiana  
hacia el Oriente tus orillas puebla  
en verdes bosques y llanuras vastas,  
cuyo límite azul borran las nubes  
que en el confín del horizonte vagan?  
Dime, ¿esas tribus que do naces moran  
viven felices o miseria lloran?

Pienso que a orillas del raudal velado  
por grupos de jazmines y palmeras  
púdica virgen de esmeraldas ciñe  
su negra y abundante cabellera;  
y acaso el homicidio sangre humana  
a los cristales de tus linfas mezcla,  
y al odio y al amor indiferente  
confunde sus despojos tu corriente.

Vi al pescador de los lejanos valles  
tus peñas escalando silencioso,  
la guarida buscando de la nutria  
y el pez luciente con escamas de oro;  
contóme hazañas de su vida errante  
sentado de mi hoguera sobre el tronco;  
le vi dormir el sueño de la cuna  
y envidié su inocencia y su fortuna.

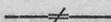
La fúnebre *viragua* repetía  
sus trinos que saludan al invierno,  
y luces de topacio y de diamante  
te daba del relámpago el reflejo;  
en las cavernas tu rumor ahogando  
tristes gemidos modulaba el viento:  
así admiré tu pompa y hermosura  
entre la sombra de la noche oscura.

Viajero de regiones ignoradas,  
¡ay! ni una sola de tus ondas crespas  
a encontrar volveré, ni de mis pasos  
en tus orillas durará la huella.  
Más celosa que el tiempo que convierte  
ricas ciudades en llanuras yermas,  
guarda natura su secreto al hombre  
y do escribirle osó, borra su nombre.

Como burbujas que en tu mano llevas,  
irán los soles sobre ti pasando,  
y te hallarán los de futuros siglos  
como hoy undoso, transparente y raudo.

No existirá ni la ceniza entonces  
de mí, que rey de la creación me llamo,  
y si guarda mi nombre el mármol frío,  
lo hollará con desdén el hombre impío.

Más felices, las flores de tu orilla,  
nacen, al aire su perfume exhalan  
marchitas ya, se mecen en la espuma,  
y mil, más bellas, sus capullos rasgan;  
más felices tus ondas, al océano  
van a gemir en extranjerías playas;  
y yo con mi ambición, pobre y proscrito  
de mi raza infeliz purgo el delito.



## LA ORACION

Gratas memorias del hogar paterno,  
que acaricia mi mente enamorada,  
voluptuosas creaciones del proscrito,  
¡fragantes con las flores de mi patria!  
Venid conmigo a la colina triste  
por arreboles pálidos bronceada,  
y escucharéis el canto lastimero  
que inspira la oración al extranjero.

Sentado allí, sobre la piedra grande  
que va escalando la espinosa zarza,  
sobre mis manos mi cabeza débil  
melancólicamente reclinada,  
miro la noche que de Oriente impulsa  
sobre los cielos su luctuosa gasa,  
y escucho del lejano campanario  
el son, en mi paraje solitario.

Acentos quejumbrosos de la tarde,  
suspiros que venís de la montaña  
los balidos trayendo del rebaño,  
con los cantares que el labriego ensaya;  
rumor confuso de sonora fuente,  
helado cierzo que silbando pasas...  
Me alivia vuestra fúnebre armonía,  
murmullos que al morir modula el día.

Oyeme, ¡oh Sol! tu lívida lumbrera  
bañe desde las cumbres azuladas,

cual la antorcha de un féretro, los valles  
donde las sombras de la noche vagan,  
la espuma argente del lejano río,  
del templo abandonado la cruz parda,  
mientras llegando la tiniebla impura  
te arroja su enlutada vestidura.

En vano busco los hermosos sitios  
do las tardes pasaron de mi infancia,  
donde a la luz del arrebol lujoso  
las sencillas leyendas me contarán;  
no escucho la castruera melodiosa  
del labriego al volver a su cabaña,  
el cuerno pastoril, ni los graznidos  
de aves que buscan sus ocultos nidos.

Hora de arrobamiento doloroso,  
indiferente al lloro que derrama  
en silencio ante ti la desventura,  
¡en él tu velo de crespón empapas!  
Toma también el llanto de mis ojos,  
y a saludarte volveré mañana,  
sobre el negro peñón de la colina  
o entre los cardos de la triste ruina.

## M A Y O

De la niñez los días  
tienen encantos  
que nunca la memoria  
rinde a los años:  
viven conmigo,  
más risueños y puros  
siempre, los míos.

Estanque solitario  
de agua tranquila  
que al roce de los vientos  
teme y esquiva,  
al sol adora  
porque exhalan sus flores  
por él aromas.

Entonces nos asusta  
el viejo coco

que se lleva a su choza  
los niños tontos.  
¡Felices miedos  
que calman de una madre  
los dulces besos!

Cuando yo ya fui hombre  
de usar caballo,  
varios tuve en mis cuadras,  
pero de palo.  
De arma ofensiva  
me sirvieron a veces  
en las guerrillas.

Bien hubiera podido  
montar en Mayo,  
cachorro a todas luces  
noble y honrado;  
más cierto día  
que le probaba un freno  
tuvimos riña.

Se acabó, dije, y luego...  
era mi amigo,  
compañero de viajes  
y de conflictos  
muy mal pagados,  
pues los hombres son hombres  
desde muchachos.

Tuve lo que se llama  
un buen maestro,  
pero malos amigos,  
pues tuve un perro;  
con él al campo  
me fui cuando contaba  
siete u ocho años.

Mayo era, según muchos,  
un perdiguero,  
pero nunca perdices  
vio ni de lejos.  
Gansos y pollos  
atrapaba en el aire  
que era un asombro.

Persiguió como un blanco  
su propia raza,

y, como un aristócrata,  
las negras caras.  
¡Pobre mi perro!  
¡De su renta hoy viviera!  
Nació en mal tiempo.

En cambio fue el juguete  
de mis caprichos;  
llevaba mi maleta  
cuando iba al río;  
por bien o fuerza  
nadaba tiritando  
horas enteras.

Cedí al fin los caballos  
de mi potrero,  
porque me dieron uno  
de carne y hueso,  
que a pocas vueltas  
medir logró conmigo  
la dura tierra.

La equitación a pechos  
tomé, y a Mayo  
hice víctima dócil  
de mi entusiasmo.  
Quise que un mico  
cabalgara en el perro,  
más él no quiso.

De mi furor salvó  
siempre María:  
yo era tan malicioso  
¡y ella tan linda!  
Tal fue mi estrella,  
buscar desde chicuelo  
uvas y Evas.

Cuando en mil ochocientos  
cuarenta y ocho  
de la casa paterna  
salí lloroso,  
en mis mejillas  
llevaba de mi madre  
lágrimas tibias;

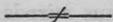
Se abrazó de mis botas  
el pobre Mayo,

y siguióme en silencio  
hasta el collado.  
Su triste aullido  
se oyó cuando se ahogaba  
el son del río.

Tras un lustro de ausencia  
volví: ya viejo  
y perezoso estaba  
el noble perro.  
¡Tan pocos días!  
También eran ya esposas  
Clara y María.

Tullido y sordo puso  
el tiempo a Mayo  
más de llorar dejaba  
viendo a sus amos,  
y aún en sus ojos,  
al verme, moribundo,  
leíase el gozo.

Tropecéme una noche  
con su cadáver  
que lamer parecía  
nuestros umbrales.  
Su último aullido  
de muerte no escucharon  
ni sus amigos.



## LA TUMBA DE BELISARIO

Y dejamos su tumba para siempre  
en el jaral de la marina selva,  
sola con los mujidos de los vientos  
y el fragor de la mar en la ribera!  
Aquel postrer adiós que no responden  
los mudos labios ni las manos yertas,  
ahogó mis sollozos... y la fosa  
lentamente colmó la extraña tierra.  
Después, envueltos en nocturnas sombras,  
infló el terral las temblorosas velas,  
y al fulgor de los pálidos relámpagos  
hicimos rumbo hacia la mar inmensa.  
¡Cómo responden al gemir del alma

ecos y gritos de las olas negras  
 que al viento arrojan sus penachos niveos  
 y en las *rompientes iracundas* truenan!  
 Cuán distantes, las cumbres de los montes  
 en los albores de la luna llena...  
 Qué lejano el desierto pavoroso  
 donde su tumba solitaria queda!  
 Compañero leal, valiente amigo!...  
 ¿Qué dar en galardón y recompensa  
 de tu heroico y terrible sacrificio  
 a los seres amados que te esperan?  
 Ahora ostentará plácida noche  
 en las verdes llanuras de Combeima  
 la veste salpicada de vampiros,  
 su nimbo azul de fúlgidas estrellas.  
 Las brisas jugarán en los follajes  
 que tu cabaña en el otero cercan:  
 Allí del hijo amado hablan gozosos...  
 Son sus pasos... Es él, que salvo llega!...  
 Y duerme ya en la tumba que te dimos  
 en el jaral de la marina selva,  
 sólo con los mujidos de los vientos  
 y el retumbo del mar en la ribera!

### TEN PIEDAD DE MI

¡Señor! si en sus miradas encendiste  
 este fuego inmortal que me devora,  
 y en su boca fragante y seductora  
 sonrisas de tus ángeles pusiste;

si de tez de azucena la vestiste  
 y negros bucles; si su voz canora,  
 de los sueños de mi alma arrulladora,  
 ni a las palomas de tus selvas diste.

Perdona el gran dolor de mi agonía  
 y, déjame buscar también olvido  
 en las tinieblas de la tumba fría.

Olvidarla en la tierra no he podido.

¿Cómo esperar podré si ya no es mía?

¿Cómo vivir, Señor, si la he perdido?

## LA MUERTE DEL SARGENTO

“¡Huyeron! ¡Victoria! ¡Jinetes, a ellos!  
Cruza la llanura, que falta ya el sol.  
¡Volad! Quien al jefe me dé prisionero  
la espada que empuño tendrá en galardón”.

Partieron veloces. El llano retumba...  
Ya se oye lejana la voz del clarín.  
Resisten... Combaten... Las armas relumbran,  
la nube de polvo los vuelve a cubrir.

Las sombras velaron la pampa sangrienta;  
alumbra indecisa la luz del vivac;  
repiten las guardias el grito de “¡alerta!”.  
¿Mi nombre? Fue el viento... ¡mi nombre!  
Quién va.

“¡Venid compasivo, mi jefe! ¡Al sargento  
muriendo en la vega por fin encontré;  
venid, venid pronto, que os llama!” Era el ruego  
que, ahogada en sollozos, me hacía una mujer.

—Sargento ¿qué quieres? —Morir más tranquilo,  
ya veis: no hay remedio, me llama ya Dios.  
Tan bella mi esposa... ¡Mirad nuestro hijo!  
yo voy a dejarlos: cuidad de los dos.

—Y está el niño helado. ¿Tu patria, sargento?  
—¿Mi patria?... ¡mi patria jamás la veré!  
¡Ay nunca faltó el pan en su suelo.  
¡Morir de la patria distante es cruel!

¡Llegad, abrigadme! mi cuerpo está helado.  
Repíteme, esposa, tu santa oración...  
—Sus manos convulsas estrechan mis manos.  
Su vista está inmóvil... ¡No alienta!... ¡Expiró!...

Tracé con mi espada su huesa en el césped,  
de ramas de sauce formé una cruz;  
la hoguera préstome su lumbre de muerte,  
guardando entre brasas la llama ya azul.

La luna al alzarse, del bravo guerrero  
tendido en la huesa la frente bañó.  
Después... a la viuda faltóle el aliento  
y a su hijo en mis brazos volvíle el calor.

## LA "VIRGINIA" DEL PAEZ

En las riberas do estruendoso el Páez  
mece los bosques de Copé aromado,  
hay una flor parásita escondida  
en el ramaje oscuro de los cauchos:  
tiene del lirio la gentil corola,  
y luce en terciopelo delicado  
las tintes de la dalia y de la lila;  
llámala el montañés *la flor de mayo*.

La admiro como a ti: nunca han podido  
acariciar sus pétalos mis labios,  
y aunque presiento su celeste aroma,  
le busco a orillas del abismo en vano.  
Y es porque el viento en las calladas noches  
desciende de los Andes enlutados,  
y fingiendo del aura los suspiros,  
roba el perfume de la flor, avaro.

La admiro como a ti: nunca en la mía  
un solo instante se posó tu mano;  
en muelle vals tu talle no ha cedido  
a la presión de mi amoroso brazo.

Jamás las gasas de tu sien de reina  
al soplo de mi aliento se agitaron...  
Eres como la flor que me enamora  
en su lujoso y rústico palacio,  
que tiene por alfombra las corrientes  
y por techumbre los umbrosos cauchos.

De ella y de ti me seguirá el recuerdo  
hasta en la sombra de mis bosques patrios;  
mas si eres tú, como mi flor, modesta,  
y si esa flor se te asemeja tanto,  
deja que lleve tu precioso nombre  
la hermana que los bosques te ocultaron.

Muy pronto contarán los montañeses  
que eres tan linda cual su *flor de mayo*,  
y que un poeta la llamó "Virginia",  
y por eso "Virginia" la llamaron.

## LA VUELTA DEL RECLUTA

La tarde se apaga, y abajo la aldea  
blanquear entre sauces y pinos se ve;  
rebaños que bajan al valle vadean  
el río, que lame del monte los pies.

Los ecos repiten la voz quejumbrosa  
que da el campanario, llamando a oración;  
aquel caminante descúbrese y ora,  
la frente en la mano que empuña el bordón.

¿Quién es? De su blusa de rojos jirones  
a un digno soldado disfrazan quizá:  
es Pablo el recluta; partió bello y joven,  
los soles han vuelto morena su faz.

Dos lágrimas tiernas sus flacas mejillas  
mojaron, los campos natales al ver.  
Su amor y una madre dejó a su partida;  
ni madre ni amada le esperan tal vez.

Risueño y gozoso saluda, encontrando  
al joven amigo que nunca olvidó.  
¡Ay! ¡cómo los soles del Sur le cambiaron!  
Tan sólo responde: "Bendígate Dios..."

Teresa, la niña que tanto le amaba,  
que en lágrimas tibias bañóle al partir,  
hilando a la puerta de alegre cabaña  
jugar a sus niños contempla feliz.

Detiene el viajero su paso y ahogan  
profundos sollozos su trémula voz;  
Teresa, temblando, cree ver una sombra,  
su tez ha perdido de rosa el color.

¡Fue sólo un recuerdo!... Sus niñas la abrazan  
mirando al mendigo con miedo infantil;  
dos lágrimas gruesas enjugan sus palmas,  
volviendo en silencio su marcha a seguir.

Sus ojos nublados la choza paterna  
descubren. Es noche; responde a su voz  
el viento que cruza la estancia desierta:  
"Es tarde, viajero, ya todo acabó".

La luna al ponerse le vio solitario  
subir la montaña camino del Sur;  
en torno del fuego, medrosos aldeanos,  
que vieron su sombra, refieren aún.

---

## N I M A

Mora en las grutas  
que forma el Nima  
bajo las lianas  
de sus orillas,  
sobre los musgos  
adormecida,  
tan voluptuosa,  
tan bella ondina  
como los sueños  
del alma mía.

Cuando en sus bosques,  
siendo yo niño,  
de las palomas  
expiaba el nido,  
hallé sus huellas,  
su aroma rico;  
por ella el viento  
bordaba el río  
con flores rojas  
de los *cachimbos*.

Sus limpias aguas  
no hiende el cisne,  
ni han reflejado  
luz de jardines  
de mármol y oro  
que Europa viste;  
pero en el valle  
do rueda humilde  
es grande todo,  
todo, hasta el crimen.

En los veranos  
¡cuán dulces horas  
pasé en sus bosques  
bajo la sombra,  
viendo perderse

las tersas ondas,  
de los guaduales  
las verdes copas  
meciendo raudas  
o perezosas!

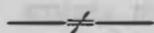
La leve garza  
de blancas plumas  
al monte viene  
de la llanura;  
asustadizas  
la selva oscura  
en donde tristes  
quejas modulan  
dejan, y al río  
van las *cuncunas*.

En los ramajes  
medio velada  
murmura a veces  
la guacamaya,  
y los rumores  
de hojas y aguas  
la voz domina  
de la chicharra  
que al sol estuvo  
gozosa canta.

Cuando en la tarde  
los arreboles  
el valle tiñen  
con luz de bronce,  
y silenciosa  
viene la noche;  
crujen asidos  
los altos robles  
y mil perfumes  
exhala el bosque.

He visto entonces  
la ondina bella  
bordar sus bucles  
en la ribera  
con los cocuyos  
que errantes vuelan,  
gasas de espumas  
por manto lleva  
que temblorosas  
las flores besan.

Gratas memorias  
de dulces tiempos  
en vano sigue  
mi pensamiento  
perdido ha mi alma  
su humor risueño,  
¡ay! y mis ojos  
están sin lumbre  
el patrio suelo,  
mi hogar, desiertos.



## A MI PATRIA

Dos leones del desierto en las arenas  
de poderosos celos impelidos,  
luchan, lanzando de dolor bramidos  
y roja espuma de sus fauces llenas.

Rizan, al estrecharse, las melenas,  
y tras nube de polvo confundidos,  
vellones dejan, al rodar, caídos,  
tintos en sangre de sus rotas venas.

La noche allí los cubrirá lidiando...  
Rugen aún... Cadáveres la aurora  
sólo hallará sobre la pampa fría.

Delirante, sin fruto batallando,  
el pueblo dividido se devora;  
y son leones tus bandos, Patria mía.

